

SAN BENITO: EL HOMBRE DE ORACIÓN⁴¹

Cuando leemos la vida de san Benito como la describe san Gregorio de modo tan pintoresco en el libro segundo de los *Diálogos*, nos llama la atención la superabundancia de hechos milagrosos de todo orden que señalan y jalonan la vida de este “hombre de Dios”. Desde el comienzo de su vida monástica hasta su muerte sobreabunda lo maravilloso.

El hombre moderno, marcado por un espíritu racional y científico, corre el riesgo de quedar desorientado y algo escéptico. ¿Son auténticos todos estos hechos? Y, en tal caso, ¿qué importancia y qué valor revisten actualmente para nosotros? Este taumaturgo es de otra época, ¿qué interés ofrece ahora? Un rechazo tajante de los mismos ¿no demostraría acaso un juicio demasiado superficial?

Al escribir la vida de san Benito conforme al gusto de su tiempo, y a la sensibilidad cristiana de su época, san Gregorio no se propone redactar científicamente la historia de san Benito. Intenta trazar su retrato y su itinerario espiritual, y esto desde un punto de vista muy especial. Quiere mostrar que este hombre de Dios está lleno del espíritu de todos los justos y que resume la santidad del Antiguo y del Nuevo Testamento. Los múltiples hechos milagrosos tienen por fin subrayar este aspecto de la personalidad de san Benito: su vida en comunión profunda con Dios.

Además, esta actitud de rechazo de lo maravilloso dejaría escapar uno de los aspectos esenciales de la vida de san Benito: el que lo muestra como hombre de fe profunda. Desde el comienzo hasta el fin, su existencia está íntimamente marcada por la oración, como san Gregorio no deja de subrayarlo. San Benito es un taumaturgo porque es un hombre de Dios, un hombre que vive de Dios, un hombre que vive para Dios. Su vida es comunión intensa de pensamiento de deseo y de voluntad con su Señor. Su oración es la expresión de su vida de unión con Dios.

El presente esbozo se propone poner de relieve y dar valor a este aspecto de la existencia de ese hombre de Dios, que fue san Benito.

I. LOS ORATORIOS DE SAN BENITO

Ya un simple hecho concreto subraya por su constancia la importancia primordial que san Benito atribuye a la oración: la presencia del oratorio en su vida y en la vida de sus monasterios.

San Benito empieza su existencia monástica en una Iglesia. La termina en un oratorio. En los comienzos, apremiado por las caritativas instancias de los notables del lugar, se instala con su nodriza en la iglesia de San Pedro de Effide (D 1)⁴². Al final se hace llevar por sus discípulos al oratorio de san Juan Bautista para morir y descansar allí a la espera de la Resurrección (D 37).

Su primera morada monástica es, pues, una iglesia parroquial. Sólo lo ahuyenta de allí el entusiasmo de los lugareños provocado por la reparación milagrosa de la criba quebrada: prefiere “más bien sufrir las injurias del mundo que sus alabanzas”. Aun después de su partida, esta iglesia conserva el recuerdo de la estadía del hombre de Dios. Hasta el tiempo de los longobardos, la criba reparada milagrosamente estuvo colgada a la entrada del edificio como un testimonio visible del poder de la oración de san Benito.

⁴¹ De *Lettre de Ligugé*, N° 195, 3 – 1979. Tradujo: Hna. Paula Debussy, osb. Abadía de Santa Escolástica. Buenos Aires – Argentina.

⁴² La letra D designa el *Segundo Libro de los Diálogos* de San Gregorio. La cifra que le sigue indica el capítulo.

Cuando llega a abad y funda monasterios, su primer cuidado es construir oratorios para las comunidades cuya responsabilidad asume. En Subiaco, edifica un oratorio en cada una de sus fundaciones (D 8). Y no se contenta con edificarlos: los frecuenta personalmente. Allí reza con sus hermanos que se reúnen para celebrar el Oficio divino y orar en comunidad (D 4).

Cuando llega a Montecasino, su primera gestión es destrozarse el ídolo de Apolo, derribar su altar, talar los bosques sagrados y erigir en ese lugar dos oratorios: uno dedicado a san Martín, en el templo mismo de Apolo, y otro en honor de san Juan Bautista, donde había estado emplazado el altar de esa divinidad (D 8) Más tarde, cuando envía a varios de sus monjes a hacer una fundación en Terracina, les indica que el primer edificio que deberán construir es el oratorio (D 22).

San Benito manifiesta una particular predilección por el oratorio de san Juan Bautista. En él se conserva la Eucaristía (D 37); allí va a rezar a solas (D 30). Allí hizo construir un sepulcro para él y para su hermana Escolástica, donde descansarían uno junto al otro (D 34; 37). El día de su muerte se hace transportar allí por sus discípulos y allí muere rodeado por ellos en una última oración (D 37).

Esta preocupación capital y constante del constructor traduce la profunda convicción del abad. El oratorio es el centro del monasterio. Esto equivale a significar concretamente que la oración ocupa el centro de la vida monástica y que está en el corazón de la vida de san Benito

II. SAN BENITO EN ORACIÓN

En realidad, casi no hay capítulo de los Diálogos que no nos muestre a san Benito dándose a la oración. Este rasgo es por lo general bastante sobrio durante todo el período que precede a la fundación de Montecasino. En Effide, el joven, movido a compasión, se postra y ora con lágrimas a fin de remediar la aflicción de su nodriza (D 1). En Subiaco reza durante dos días junto con Mauro y Pompeyano, a fin de que éstos puedan descubrir quién tienta a uno de sus hermanos (D 4). Sube por la noche a la montaña con el niño Plácido y ora para poder aliviar el penoso trabajo de sus monjes (D 5). Estos son episodios aislados que no manifiestan el comportamiento habitual del varón de Dios.

Todo cambia a partir del momento en que san Benito se instala en Montecasino, como si en esta última etapa de su vida hubiese llegado a la plena madurez espiritual. A menos que, sencillamente, san Gregorio estuviese mejor informado sobre esta última fase.

San Benito reside entonces en una torre situada detrás de la habitación de los hermanos (D 11; 17). Allí vive y duerme solo. Ora habitualmente en su celda, ubicada en el piso superior de la torre (D 35). También suele ir gustosamente al oratorio que había hecho construir en honor de san Juan Bautista (D 30; 32). Habitando consigo, en la presencia y la intimidad de Dios, prosigue esa vida de soledad, de oración y de contemplación que había llevado en la gruta de Subiaco. Ora solo, en forma prolongada (D 11), a veces días enteros (D 27). Ora de día. Ora de noche (D 35; cf. 5). Cuando todos los hermanos duermen todavía, él anticipa el tiempo de la oración nocturna con una vigilia de instante oración (D 35).

Para orar se postra habitualmente sobre su estera -la estera que los monjes utilizan tanto para la oración como para el sueño (D 23; cf. 1)-. En otros momentos inclina solamente la cabeza (D 10) o se arrodilla (D 32). De ordinario su oración va acompañada de lágrimas, de esas lágrimas de compunción tan queridas a los antiguos monjes (RB 4, 57; 20, 5; 52,4), esas lágrimas que brotan por el recuerdo de las faltas pasadas, y más aún, por el deseo ardiente de los gozos celestiales⁴³. Acontece también que san Benito ore de pie, por la noche frente a la ventana de su celda, mientras contempla el cielo estrellado, obra de las manos de Dios todopoderoso, cuya gloria proclama, y a lo que san Benito

⁴³ Tercer Libro de los Diálogos, cap. 4.

parece haber sido muy sensible (D 35; cf. 34). Precisamente en el transcurso de estas contemplaciones nocturnas fue gratificado san Benito con dos grandes visiones, las mayores de su vida (D 34, 35).

Si bien se consagra largamente a la oración solitaria, san Benito ora asimismo en toda circunstancia. La oración es su reacción espontánea frente a los acontecimientos. Recurre inmediatamente a Dios, en actitud de fe. Este es muy particularmente el caso en su vida comunitaria con los hermanos, como lo veremos más adelante. Tal proceder se manifiesta también a través de esa forma de oración que con frecuencia mencionan los Diálogos: las bendiciones. Traslucen éstas el clima de fe en que está inmersa la existencia del monje. San Benito bendice al Señor antes de comer o de beber, especialmente cuando se le ofrece algún alimento (D 1; 3; 8). Esta bendición, que él imparte extendiendo la mano y trazando la señal de la cruz (D 3), ahuyenta al diablo (D 9) y a él le salva la vida (D 3; 8). Conforme a la costumbre monástica, bendice a sus monjes antes de que salgan del monasterio (D 7; 22; 24). Dado el caso, les devuelve la paz con Dios (D 24). Bendice también a sus huéspedes, aun a los involuntarios (D 31). Lejos de ser un simple gesto, la bendición de san Benito es una verdadera oración y una fuente de gracias para quien la pide y la recibe.

Si echamos una mirada atenta a la vida de san Benito podremos comprender mejor qué es la oración para él. Veamos tres casos entre varios.

Un día -según lo aconseja el Señor- san Benito se había encerrado en su celda para orar a Dios en lo secreto (*Mt* 6,6). Se entregaba a la oración y la prolongaba con ferviente celo. Este apartamiento no impide al “antiguo enemigo” presentarse provocando y desafiando a quien personalmente lo ha vencido, para atacarlo ahora en sus hermanos. Lejos de ellos, san Benito continúa velando e intercediendo a su favor. Obtiene así de Dios la vida de uno de sus jóvenes monjes, que había quedado aplastado debajo de una pared derrumbada por las insidias del diablo. Después de haber hecho depositar el cuerpo del difunto sobre su estera, quedándose solo, se sumerge en la oración con mayor fervor que de costumbre. Ni siquiera necesitó extenderse sobre el cadáver como lo había hecho Eliseo (*2 R* 4,33): bastó su oración. El hermano recobró la vida al instante (D 11).

En otra ocasión en que oraba prolongadamente en la celda, lloró como de ordinario. Pero esta vez derramó excepcionalmente lágrimas de aflicción. Teoprobo, un laico de Casino convertido por él, le preguntó la causa. Si bien san Benito se entregaba a la oración solitaria, ocurría a veces que algún extraño como este Teoprobo o el abad Servandus (D 35) fueran testigos de ella. Pues bien, ese día, Dios había revelado a su servidor la futura destrucción de su monasterio, que el hombre de Dios no podría evitar a pesar de todo el poder de su intercesión. San Benito acepta la ruina de su obra -no sin un desgarramiento doloroso profundamente humano- pero obtiene de Dios finalmente lo esencial: salvar la vida de sus hijos (D 17).

Oración de intercesión. Oración también contemplativa, el día de la muerte de Germán, el obispo de Capua. Como lo contó el mismo san Benito más tarde, esa noche, mientras aún dormían sus discípulos, velaba él en oración de pie junto a la ventana. De pronto ve surgir una luz que disipa las tinieblas de la noche y brilla con tal esplendor que su claridad habría derrotado la luz del día. Mientras estaba mirando, el mundo entero, como concentrado en un solo rayo de sol, se presenta ante sus ojos. Fijando entonces su mirada sobre esta luz deslumbradora, vio el alma de Germán que era llevada al cielo por los ángeles en un globo de fuego (D 35).

Estas formas de orar, especialmente la prostración y la compunción con lágrimas, habituales entre los monjes antiguos, traslucen la actitud interior de san Benito: a la vez humildad profunda y total confianza en el amor misericordioso de Dios omnipotente, en una intimidad siempre creciente. La Regla benedictina invita a los monjes a observar esta misma conducta, cuando les recomienda “suplicar al Señor de todas las cosas, con toda humildad y pura devoción”... “sabiendo que serán oídos no por el mucho hablar, sino por la pureza de corazón y compunción de lágrimas” (RB 20,2-3).

III. ORACIÓN Y CARIDAD FRATERNA

La oración de san Benito, siempre muy personal, es con frecuencia solitaria e individual. Sin embargo, no es individualista. Eso sería la negación de la oración cristiana, que está animada a la vez por el amor a Dios y por el amor al prójimo. San Benito recoge en su oración las preocupaciones de sus hermanos, monjes o no. Repetidamente, su oración brota de su caridad fraterna.

Profundamente conmovido por la pena de su nodriza, compasivo, se entrega a la oración (D 1). Compadecido de un deudor insolvente, prolonga por dos días su oración a fin de que Dios socorra a ese desdichado (D 27). En otra ocasión, la piedad triunfa sobre su humildad: vencido por la aflicción de un hombre que está trastornado por la muerte de su hijo, sigue el ejemplo de Elías y de Eliseo. Se arrodilla, se postra y se extiende sobre el cuerpo inerte del niño. Luego se levanta, eleva las manos al cielo, y ora diciendo: “Señor, no mires mis pecados sino la fe de este hombre que pide la resurrección de su hijo”. No bien terminó esta oración (la única que nos transcriben los *Diálogos*) hecha con tanta humildad y confianza, el Señor lo escuchó (D 32).

Algunos van a solicitar la oración de san Benito en diversas circunstancias. Son amigos, como el hermano del monje Valentiniano, quien, en su visita anual, comienza por pedir al hombre de Dios que ore por él (D 13); o como ese clérigo de Aquino, a quien enseguida lo libra del demonio, rezando ante Jesucristo, el Señor (D 16; cf. 23). Son enemigos, como el rey Totila, que aterrado por la clarividencia y las profecías del santo, pide, tembloroso, su oración (D 15); o como Zalla, otro godo, que domeñado por el poder milagroso de san Benito, también se encomienda a su intercesión (D 31).

San Benito eleva su oración al Señor ante todo por sus monjes, por aquellos que Dios le ha confiado. Es la oración de un padre por sus hijos, atento a sus necesidades materiales. Pide a Dios la ayuda que ellos necesitan. A fin de aliviar la fatiga de algunos hermanos, que deben descender continuamente al lago de Subiaco para sacar agua

V. SAN BENITO Y LA ORACIÓN LITÚRGICA

Esta descripción de la muerte de san Benito permite tomar conciencia de una particularidad del relato de san Gregorio. Los Diálogos no hacen más que raras y fugitivas menciones de la Eucaristía y jamás aluden a la función del Oficio divino en la vida espiritual del hombre de Dios. La oración litúrgica y comunitaria no desempeña aparentemente ningún papel en su vida.

San Gregorio menciona la existencia de la “salmodia” en el monasterio de Subiaco, puesto bajo la dirección del abad Pompeyano: comenta que al terminar ésta, los hermanos permanecen en el oratorio para entregarse juntos a la oración. Esta oración habitual y comunitaria debe durar algún tiempo, puesto que uno de los hermanos no puede soportarla hasta el final (D 4). Parecería que san Benito participa en el Oficio divino precedido por esta plegaria silenciosa. Pero esta realidad está fuera de las preocupaciones de san Gregorio.

En Montecasino, los Diálogos mencionan la oración nocturna de la Comunidad, a la que san Benito hace preceder su oración solitaria. Sería extraño que no participara él luego en el Oficio con sus hermanos. En cambio, los Diálogos señalan con bastante frecuencia las oraciones de regla: bendiciones antes de las comidas o de las salidas del monasterio, bendición del huésped que se recibe... En realidad san Benito nunca aparece cuando se trata del Oficio divino, que reúne a la Comunidad.

San Gregorio es un poco más locuaz acerca del lugar que ocupa la Eucaristía en la existencia del hombre de Dios, un lugar que a veces despista a los modernos. Así, durante los tres años de vida solitaria en Subiaco, san Benito no parece haber participado en la Eucaristía, ni siquiera haber comulgado el día de Pascua. Este comportamiento no plantea ningún problema al papa biógrafo, como tampoco se lo había planteado a san Atanasio el caso análogo de san Antonio, viviendo en las mismas

condiciones eucarísticas durante sus quince años en un sepulcro en el desierto. El Cuerpo y la Sangre de Cristo son sacramento, realidad signo de una realidad más profunda: la unión íntima con Dios, a la que el ermitaño llega por otra vía.

Esta concepción explica a la vez el comportamiento de san Benito y su respuesta al sacerdote que viene a festejar la Pascua con él por orden de Dios. Este sacerdote comparte con el ermitaño la comida festiva que se había preparado para él solo. San Gregorio no indica que le haya traído también la comunión pascual. Esta ausencia no lo preocupa.

En este contexto se explica fácilmente la respuesta aparentemente enigmática de san Benito a su visitante que le anuncia es el día de la Resurrección: “Sé que es Pascua porque he merecido verte”. San Benito no se ata a la fiesta litúrgica. Va derecho al corazón del misterio: Cristo resucitado siempre vivo y manifestándose en este hermano que viene a compartir con él su comida en un gesto de caridad. Esta visita, este compartir, significan que Cristo está muy vivo en medio de ellos (Mat 25, 35-36). En esta perspectiva teológica todos los días son Pascua. El ermitaño puede ignorar la solemnidad litúrgica. Más allá de la fiesta él vive el misterio: Cristo resucitado que se le manifiesta en este enviado del Señor, en esta comida fraternalmente compartida (cf. *Jn* 6,6-14; 21,12; *Lc* 24,30-31; D 1).

El comportamiento del abad en su monasterio de Montecasino es totalmente diferente. La Eucaristía está reservada sin duda, en el oratorio san Juan Bautista (D 24; 37). ¿Era san Benito sacerdote, o diácono como su amigo Servandus, abad de un monasterio vecino (D 35), o simplemente laico? En todo caso, da de su mano la “comunión” del Cuerpo de Cristo a los padres de uno de los monjes, que había abandonado el monasterio sin bendición ni permiso y que murió en su casa. Los suyos deberán colocar el Cuerpo del Señor sobre el pecho del muchacho, a fin de que vuelva a estar en comunión con su abad y, por ello, en comunión con Dios. Al dar el Cuerpo de Cristo, san Benito significa su perdón y el fin de la excomunión merecida por la desobediencia. El monje no puede vivir en comunión con Dios más que en la medida en que vive en la obediencia a su abad y en la caridad fraterna (D 24). El capítulo precedente ofrece un nuevo ejemplo de esta verdad. Nuevamente el siervo de Dios hace entrar en la comunión del Señor a dos monjas difuntas, a quienes en vida, él había excluido de su comunión a causa de sus malas lenguas. Para ello, entrega de su mano una oblación que se debía presentar por ellas en la Eucaristía parroquial (D 23).

Sobre todo, el día de su muerte, se dispone para la partida tomando el Cuerpo y la Sangre del Señor. Administrarse a sí mismo la comunión no tiene nada de extraño en esa época pues en Occidente, los laicos estaban autorizados a dar la comunión a los enfermos y a sí mismos antes de morir. La existencia terrena de san Benito se acaba con esta comunión bajo las dos especies, con este viático que lo sostendrá en el camino hacia el encuentro definitivo y pleno con su Señor (D 30).

Así es su vida eucarística tal como la relata san Gregorio. En realidad, en los tres casos, se reduce al viático que es sólo uno de los aspectos del sacramento. Este punto de vista refleja más aún el interés que presta san Gregorio a la muerte cristiana y que tan bien atestigua el cuarto *Libro de los Diálogos*. En lo que a este tema se refiere él destaca lo que mejor responde a su preocupación personal. Lo poco que dice sobre el tema permite adivinar que la piedad de san Benito va mucho más allá de estas anotaciones.

VI. LAS ORACIONES DE SAN BENITO

La actitud de san Gregorio permite descubrir con dificultad el contenido de la oración de san Benito. No es esto lo que se propone y no prodiga los detalles.

Hasta su vocabulario se resiente por esto. Se contenta con repetir las palabras muy generales de “oración” (*oratio*) o de “orar” (*orare*).

A veces menciona las “bendiciones”, a la manera de las reglas monásticas. Esta pobreza de vocabulario, que yo me he esforzado por conservar en mi texto, produce una verdadera monotonía,

que quita relieve a la oración de san Benito. Sólo en dos ocasiones señalan los Diálogos la acción de gracias de san Benito, una vez con sus hermanos, a fin de agradecer a Dios el milagro que ha concedido (D 21), otra, cuando ve el alma de su hermana entrar en la gloria del cielo (D 34). La oración de agradecimiento que brota entonces de su corazón se expresa con himnos y alabanzas (D 34). San Gregorio describe también al hombre de Dios pasando el día en la alabanza de Dios junto con su hermana (D 33). Ciertamente que la alabanza estaba en su boca más de una vez por año, como esas piadosas conversaciones con su amigo Servando (D 35) o con Escolástica (D 33). Estos coloquios preceden cada vez la visión de las realidades celestiales. Lejos de ser un simple pedigüño -aún en favor de los demás- san Benito vive en una intimidad profunda con Dios, que llega a su pleno desarrollo al término de su existencia.

Además, san Gregorio refiere una única oración dirigida por san Benito directamente a Dios. En dos ocasiones, el hombre de Dios implora la misericordia y el perdón de Dios para pecadores, verdaderos o presuntos. “Dios omnipotente tenga misericordia de vosotros, hermanos; ¿por qué habéis querido hacer esto?”, dice a los monjes que han intentado envenenarlo (D 3). Y a su hermana: “Dios todopoderoso te perdone, hermana: ¿qué es lo que has hecho?” (D 33). Cada vez invoca al Dios omnipotente de manera casi idéntica y que evoca las fórmulas litúrgicas de absolución. Por otra parte, según san Gregorio, casi siempre se dirige a la omnipotencia de Dios. Como auténtico espiritual, cree en la trascendencia., en la grandeza infinita, en la omnipotencia de su Dios. Se dirige humildemente a él, lleno de compunción, consciente de sus pecados (D 32). Sin embargo, Dios no es para él un Dios lejano, inaccesible. Según lo enseña la Escritura, el Dios Altísimo es el Dios muy cercano, que se inclina con bondad y misericordia sobre sus hijos, los hombres. Al mismo tiempo, san Benito se dirige a él con total confianza a la que Dios responde inmediatamente con todos esos milagros otorgados con tanta benevolencia y largueza.

Pero nos preguntamos si esta insistencia continua sobre este atributo divino de la omnipotencia proviene del mismo san Benito (cf. RB 20,1-2). O si habrá que atribuirlo a san Gregorio. Este no deja de emplear la expresión favorita “el Dios omnipotente” en los cuatro libros de sus Diálogos, poniéndola en los labios de sus diversos personajes. ¿No estará más cerca de la conocida devoción de san Benito hacia Cristo, cuando indica, una vez, que el hombre de Dios. “ese servidor del Señor Jesucristo” (D 15) “ora al Señor Jesucristo” (D 16; cf. 8), cuando nos transcribe su única plegaria: “Señor. no mires mis pecados, sino la fe de este hombre, que pide la resurrección de su hijo, y devuelve a este cuerpecito el alma que le quitaste” (D 32)? Aquí, san Benito se dirige directamente a Cristo, con esa humildad confiada, que encontramos en la Regla benedictina.

VII. LA FUENTE DE LA ORACIÓN DE SAN BENITO

Todo cuanto llevamos observado equivale a decir que la oración de san Benito nace de su fe. Nace de ese deseo de agradar sólo a Dios que lo impulsó a abrazar la vida monástica. (D Pr.). Según la expresión de san Agustín, “su deseo es la oración”. (*Enn. in Ps 37,14*).

Este deseo inicial no cesa de purificarse y crecer a lo largo de toda su vida. Los Diálogos trazan a grandes rasgos ese itinerario espiritual que se descubre en la oración de san Benito. Después de haber comenzado por la vida “activa” y su lucha contra las pasiones, a las que vence definitivamente en la gruta de Subiaco, “libre de la tentación”, entra en la vida contemplativa, “permaneciendo por debajo de sí mismo cada vez que el ardor de la contemplación le arrebató a lo alto” (D 3). Pero, si está ya “adherido” a Dios, si “su corazón está. desde ahora fijo en las alturas” (D 23) san Benito, sin embargo, alcanza la cima de la contemplación recién al término de su existencia. Y debe pasar por una última prueba que lo purifique interiormente de toda búsqueda, más o menos consciente, de sí mismo. Su propia hermana será quien lo obligará a realizar esta última superación.

Los prodigios que obtenía probaban a san Benito el valor y el poder de su oración, milagrosamente eficaz tanto en el plano físico como en el espiritual. Pero si bien ocurre que “los que sirven al Dios todopoderoso pueden hacer a veces milagros por su solo, poder” (D 31; cf. 30), no siempre es así. El

mismo san Benito debe postrarse y pedir tal milagro que no estaba en su poder realizar” (D 32). El milagro es siempre un don de Dios, que hay que solicitar y pedir.

La eficacia de la oración nada tiene de automático. Tiene límites, que son precisamente los de la voluntad de Dios. A pesar de su intercesión y sus lágrimas, san Benito no obtendrá que su obra de Montecasino escape a la destrucción (D 17). Más todavía, aprenderá a sus expensas que el valor de la oración no se mide por el brillo de los milagros que obtiene, sino por la fuerza del amor que la inspira. Sólo en éste encuentra su fuerza la oración poderosa de Benito. Quien le recuerda esta verdad es santa Escolástica al obtener de Dios, contra la voluntad de su hermano, el cumplimiento de su propio deseo.

Cada año venía ella a pasar un día con él a fin de “alabar a Dios y conversar de las cosas del espíritu”. Ante la negativa de su hermano de prolongar este encuentro durante la noche, ella, con plegaria silenciosa, invoca directamente a Dios, quien la escucha inmediatamente (D 33). La escucha como había escuchado a la pecadora del Evangelio (*Lc 7,36-50*). Con su libertad soberana colma ese amor que Escolástica demuestra tener a la vez por él y por su hermano: “Pudo más porque amó más”. La fuerza de la oración reside en el amor. Y también del amor brota la oración, pues “Dios es amor” (1 Jn 4,16).

Luego de este fracaso, alcanza san Benito la cima más alta de vida de oración y de contemplación (D 34; 35). Como si este fracaso hubiera sido necesario para destruir en él todo vestigio de suficiencia que traicionara su adhesión demasiado absoluta a la Regla Sólo entonces podía san Benito abrirse sin reserva alguna -aunque fuese de la observancia- a la gracia de Dios y acoger plenamente su amor Su relación con el Señor en la oración estaba purificada de toda búsqueda de sí, para ser total receptividad.

El que implora el perdón de Dios por la aparente imperfección de su hermana, es el mismo a quien Dios muestra cuánta imperfección tiene todavía su amor, y se la quita. La mirada de su oración puede ahora descubrir y penetrar desde ya parcialmente las profundidades de los cielos, en compañía de su hermana Escolástica (D 34) y del obispo Germán (D 35).

En estos momentos privilegiados, san Benito ha experimentado de manera real aunque limitada la presencia de Dios. Hasta es elevado por algunos instantes, en el transcurso de la oración, hasta la vista, misteriosa de la luz divina, mientras el mundo se le hace presente en esa luz a la vez transfigurado y reducido a sus justas proporciones. Esta visión produce en él tal entusiasmo que este hombre de Dios, tan dueño de sí, tan atento a la regla, no trepida en romper el silencio nocturno llamando a gritos a su amigo Servandus para que comparta con él esta gracia mística de la oración (D 35).

Al término de su vida, san Benito ha llegado a la cima de oración contemplativa y de la unión con Dios en esta tierra. Sólo falta recorrer ese camino resplandeciente que lo conduce hasta encontrarse definitivamente con el Señor (D 37). En plena visión, prosigue ahora con Él el diálogo eterno

CONCLUSIÓN

Tal es el hombre de oración que fue san Benito, según el retrato que de él permiten trazar los Diálogos de san Gregorio.

Este sencillo esbozo exige algunas observaciones finales.

Los rasgos aparecen más nítidos durante la última parte de la vida de san Benito. Seguramente los testimonios recogidos por san Gregorio sobre el abad de Montecasino eran más precisos (D Pr.).

Los rasgos son incompletos. San Gregorio deja en la sombra todo lo concerniente a la oración litúrgica y comunitaria de san Benito. Para suplirlo nos remite a la Regla escrita por el hombre de Dios que

permite “conocer más exactamente sus costumbres y su vida (D 36) La Regla benedictina aporta el complemento indispensable al dibujo punteado de los Diálogos.

Esta comprobación lleva a plantearse una última pregunta: ¿el retrato diseñado por san Gregorio es un retrato auténtico de san Benito histórico? Es indiscutible que san Gregorio ha puesto de lo suyo y ha descrito a san Benito en función de sus propios problemas, de su temperamento y del fin perseguido en su obra. Pero en lo esencial le es fiel.

En definitiva, este retrato, aunque incompleto y acomodado, ofrece parecido con el original en sus grandes líneas y en muchos de los detalles. Sobre todo hace resaltar el valor primordial que ocupaba la oración en la vida de san Benito. Sus relaciones con Dios sobrepasan en mucho los fenómenos maravillosos que adornan con su brillo la vida del Santo. Lo que estaba en el centro de su vida era la oración.

*Saint Wandrille
Francia*